Neoestoicismo en *Para vencer amor, querer vencerle* de Calderón

Ysla Campbell
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

La influencia neoestoica en algunas obras de Calderón como *La vida es sueño*, *El mayor monstruo del mundo*, *El príncipe constante*, *Los cabellos de Absalón* e incluso comedias con figurón como *Guárdate del agua mansa*, nos llevan a realizar este análisis con el objeto de buscar en esta comedia,[1] fechada por Hartzenbusch hacia 1635,[2] la presencia del pensamiento senequista introducido por Justo Lipsio, y las transgresiones a la ideología aristocrático-señorial.

El móvil de las acciones es la trama amorosa: don César Colona ama y desea desposar a su prima Margarita, quien lo rechaza a pesar de haber dado el consentimiento a su padre Ludovico para concertar la boda. Esto ocurre en un contexto de sucesión política, con derechos por ambas partes, para gobernar el ducado de Ferrara.

Desde la primera jornada, una de las acciones que va a permitir la presencia de importantes factores ideológicos es la decisión del protagonista de partir a la guerra en servicio del emperador Federico, con el deseo de encontrar la muerte y dejar en libertad a su prima, así como en la posesión del Estado.

---

[1] *Comedias de don Pedro Calderón de la Barca*, ed. de Juan Eugenio Hartzenbusch, t. III, Rivadeneyra, Madrid, 1856 (Biblioteca de Autores Españoles, 12), pp. 165-185.

[2] "Fue impresa en 1654, habiéndose representado en 1650. Hartzenbusch la sitúa hacia 1635". Ángel Valbuena Briones, "Nota Preliminar", Pedro Calderón de la Barca, *Obras completas: Comedias*, 2ª. ed., 2ª. reimp., Aguilar, Madrid, 1987, p. 529.

Para este momento histórico la aristocracia había renunciado a intervenir activamente en la milicia, de lo que se queja Gaspar Gutiérrez de los Ríos: "Y no vayan a la guerra, solos los pobres como hasta aqui se ha hecho, mayor obligacion tienen los ricos de yr a ella".[3] No obstante, en una especie de añoranza, Calderón recuerda tiempos pasados en que la alta nobleza participaba en el ejercicio militar, y ofrece concepciones neoestoicas sobre el valor de las obras y el mérito que también tienen su representación en el pensamiento reformista de la época. En primer término, don César define al ejército: "la república mejor / y más política es / del mundo", y pasa a dar una argumentación muy reveladora:

> [...] en que nadie espere
> que ser preferido pueda
> por la nobleza que hereda,
> sino por la que él adquiere;
> por que aquí a la sangre excede
> el lugar que uno se hace,
> y sin mirar cómo nace,
> se mira cómo procede.
> Aquí la necesidad
> no es infamia; y si es honrado,
> pobre y desnudo un soldado,
> tiene mayor calidad
> que el más galán y lucido;
> porque aquí a lo que sospecho,
> no adorna el vestido al pecho,
> que el pecho adorna al vestido
> (I, p. 169)

El principio biológico de la nobleza heredada a través de la sangre, ministra de Dios, pilar de la ideología nobiliaria, así como la riqueza, son secundarios frente a la idea de que el individuo sea hijo de sus obras. Esto entraña una base social igualitaria sobre la que, en una de sus cartas, dice Séneca a Lucilio: "Todos tenemos los mismos grados de nobleza, porque el origen de todos y cada uno se pierde en la noche de los tiempos".[4] La distinción estoica entre los indi-

[3] Gaspar Gutiérrez de los Ríos, *Noticia general para la estimacion de las artes*, Madrid, 1600, p. 319 (BN Madrid, R. 28056).

[4] Lucio Anneo Séneca, "La verdadera nobleza está en la filosofía", *Tratados filosóficos. Cartas*, Porrúa, México, 2000, p. 166.

viduos procede de una axiología activista que tiene como principio la virtud y como instrumento la razón. Las cosas que nos rodean son indiferentes, es la manera de reaccionar ante ellas lo que desiguala a los hombres quienes, en un esfuerzo moral constante, deben vencer las pasiones y actuar para el bien de la sociedad. Conforme a dichos principios, en su tratado *Del ocio*, dice Séneca: "Estaremos activos hasta el último instante de la vida, no dejaremos de trabajar por el bien común".[5]

Calderón vuelve los ojos al valor militar que había colocado a la nobleza en el estamento privilegiado. No es el recuerdo de las hazañas de los antepasados lo que sustenta el linaje, sino la virtud que, para Séneca, tiene ocasión de mostrarse frente a la adversidad,[6] idea común en los pensadores reformistas de los Siglos de Oro. Hacia 1586, dice Juan Castilla y Aguayo que los caballeros deben de pensar

> Que con sus manos lauadas pueden gozar la honra que les dexaron aquellos que trahian siempre las suyas teñidas con la sangre de los inflieles en defensa y acrecentamiento de nuestra religion, pues engañanse cierto si pretenden comprar tan barato la verdadera honra y estimacion de sus personas que el precio della libran en los hechos de sus antepassados.[7]

Y en el mismo tenor sostiene Juan de Mora: "De suerte que es cosa aueriguada que la virtud por si propia haze al hombre noble, y no la que heredo de sus passados, pues esta es pintada, y la propia es biua, conocida y respetada de todos".[8] De igual forma, en el siglo XVII, Juan de Aranda afirma que "La honra es premio de la virtud, la qual no ha de ser heredada, ni auida por infortunio de otro, sino por si mismo".[9]

Salta a la vista que el dramaturgo conforma esta conciencia en un personaje de la nobleza, misma que va a tener su oposición en las acciones e ideas del criado Espolín quien, con toda su agudeza en cuestiones amorosas, es un cobarde que se esconde de la batalla: "porque tengo poca gana / cuando tengo

---

[5] Lucio Anneo Séneca, *Tratados morales*, tr. José María Gallegos Rocafull, t. II, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1946, I, 4, p. 391.

[6] Textualmente dice Séneca: "la adversidad es ocasión de virtud" (*De la Providencia*, en *ibid.*, t. II, IV, 6, p. 251).

[7] Juan Castilla y Aguayo, *El perfecto regidor*, Salamanca, 1586, f. 159v. (BNMadrid, R. 5492).

[8] Juan de Mora, *Discursos morales*, Madrid, 1589, f. 91v. (BNMadrid, R. 13616).

[9] Juan de Aranda, *Lugares comvnes de conceptos, dichos y sentencias en diuersas materias*, Madrid, 1613, f. 30 (BNMadrid, R. 4481).

mucho miedo, / y porque tengo también / todo el valor que no tengo [...] / Hacia el bagaje me acojo, / que es el cuartel de los cuerdos..." (I, p. 170). Recordemos la idea aristocrático-señorial de que el miedo de unos, la masa plebeya, es la razón de la existencia del valor de los otros: los nobles.[10] Para Espolín el honor, y la muerte en su nombre, "es el más necio / amigo del mundo" (I, p. 170). Las reacciones de amo y criado, ante un mismo acontecimiento, son opuestas y en ello radican sus diferencias.

El principio de integración social que tenía como eje el honor[11] y formaba parte de la estructura interna de la sociedad estamental, unido a la retribución, se basa ahora en el mérito personal. El personaje, con un sentido interior de la nobleza que parte de la virtud, recibirá la recompensa a sus hazañas al salvar la vida, exponiendo la propia, a madama Matilde, baronesa de Momblanc, y arrojarse contra el enemigo para caer herido, envuelto en una bandera, a los pies del emperador Federico III, quien contempla su valentía e ignora la calidad social del héroe. Para Séneca "La virtud es codiciosa de peligros y piensa en aquello a que ha de tender y no en lo que ha de padecer, pues lo que ha de padecer es también parte de la gloria".[12] Si por la salvación de madama Matilde ya el emperador había decidido "aventajarle con premio" (I, p. 170), la segunda acción lo va a conducir a colmar de "favores, / honras, mercedes y aumentos" (I, p. 171) a don César, a pesar de que éste, dado que lo confunden con Celio, quien ha muerto, oculta su identidad y se presenta como un simple soldado. Esta situación no va a impedir que, aunque el barón de Brisac, brazo derecho del emperador, considere a don César un advenedizo, "un soldado de fortuna, / de quien sabemos apenas / nombre, calidad y patria" (II, p. 172), Federico III convierta al personaje en "ejemplar / de cuánto yo estimo y precio / el valor de un buen soldado" (I, p. 171), punto de partida para que obtenga su privanza. Esta situación lleva al barón de Brisac a desatar una fuerte pasión, dice "De envidia el pecho revienta" (II, p. 172), que llega hasta la intriga. La alta nobleza no aparece exenta de las bajas pasiones y, en representación de las ideas tradicionales, menosprecia el mérito sobre el linaje.

Todos los favores y retribuciones que recibe don César no son motivo para que desarrolle ningún tipo de soberbia, vanagloria o anhelo de poder, pasiones

---

[10] *Vid.* José Antonio Maravall, *Poder, honor y elites en el siglo XVII*, 3a ed., Siglo XXI, Madrid, 1989, p. 35.

[11] *Vid.* Claude Chauchadis, *Honneur, morale et société dans l'Espagne de Philippe II*, Éditions du CNRS, Paris, 1984.

[12] *De la Providencia*, en *Tratados morales*, t. II, IV, 4, p. 251.

a las que el personaje se muestra ajeno, dado que su único interés es el amor. Esto trae como consecuencia que el protagonista se deje llevar por el dolor, hecho que obnubila su razonamiento y le impide valorar su posición. Recordemos que para los estoicos "la perturbación o pasión es un movimiento del alma, irracional y contra la naturaleza".[13] Y dice Séneca: "El dolor debe ser vencido por el hombre y no el hombre por él".[14]

Por su parte, Margarita define el amor como "humana idolatría" (II, p. 174), con el que "el corazón envilece, / el discurso se entorpece, / y se avasalla el sentido" (II, p. 174), de ahí que rechace este sentimiento. Por el contrario, sus inclinaciones se dirigen al poder: su único interés es llegar a ser reconocida como duquesa de Ferrara una vez que se ha divulgado la noticia falsa de que su primo ha muerto en campaña. Considera, incluso, que la muerte de César es un bien, ya que la aleja de su amor y del miedo a perder el Estado.

Si bien el amor no ha envilecido el corazón de don César, sino lo ha llevado a una serie de finezas, pierde de vista su responsabilidad política ante el Estado de Ferrara. Cuando es preciso que se presente ante Margarita y descubra que no ha muerto, sólo solicita la merced de olvidarla a pesar del gran influjo de su estrella. Sin que deje de asistirle la razón, Margarita apela al adagio popular de que basta querer vencer el amor para lograrlo, de ahí que César decida dar un viraje a su comportamiento en una lucha racional contra su pasión. El riguroso desdén de la dama ante las finezas y méritos amorosos del protagonista, lo llevan a racionalizar su situación y a actuar en consecuencia, dice: "Pues, vive Dios, que he de ser, / a costa de mi dolor, / si es, para vencer amor, / medio el quererle vencer" (II, p. 178).

Para Séneca la parte más noble del ser es "la sustancia razonable"[15] y sólo "puede llamarse feliz el que ni desea ni teme, gracias a la razón".[16] Y Diógenes Laercio en su relación de la doctrina de Zenón, dice: "a los racionales les ha sido dada la razón como principado más perfecto, a fin que viviendo según ella sea rectamente conforme a la naturaleza pues la razón es la directriz y artífice de los apetitos." [17]

---

[13] "Zenón", en Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos más ilustres*, Porrúa, México, 1998, 78, p. 183.
[14] "Moderación en el duelo", en *Tratados filosóficos. Cartas*, p. 170.
[15] "El único bien es lo honesto", en *ibid.*, p. 180.
[16] *De la vida bienaventurada*, en *Tratados morales*, t. I (1991), V, p. 5.
[17] *Op. cit.*, 61, p. 179.

Ante las distintas pruebas que se presentan a César al estar frente a la dama, lucha contra sí mismo y su sufrimiento mediante la decisión de no hablarle ni oírla. El papel del gracioso es fundamental para alcanzar el objetivo de vencer la pasión amorosa. El personaje es un acicate y una voz que siempre está recordando a César cómo debe comportarse frente a Margarita: la indiferencia y la provocación de celos son los mejores métodos para derrotar su altivez. Espolín es como una conciencia racional que apoya y refuerza a César en su decisión de vencerse a sí mismo y a las estrellas. Así, cuando pregunta César: "¿Segunda vez la he de ver / y no hablarla? ¡Qué violencia!", Espolín responde: "Resistencia, resistencia" (III, p. 181).

Calderón nos presenta un personaje que, como Segismundo, en una primera parte, actúa bajo el imperio de las pasiones, no obstante, sufrirá un cambio interior en el que la razón domina una pasión amorosa que lo había llevado, en un profundo dolor, a desear la muerte y ceder el Estado. Nos hallamos frente a una especie de conversión voluntaria donde se usa constantemente la conciencia en la que juega un papel de primordial importancia el criado. A diferencia del procedimiento dramatúrgico empleado en *La vida es sueño*, donde el personaje razona en apartes, la voz de la reflexión se otorga al gracioso.

En el desarrollo axiológico de la comedia hay un marcado carácter intelectualista: el albedrío se rige por el entendimiento: "La conciencia —dice Lipsio— es una centella de recta razón que quedó en el hombre".[18] Este racionalismo conduce al personaje al vencimiento de sí mismo y con ello de cualquier inclinación astrológica. Si bien el protagonista posee una serie de cualidades como el valor, la lealtad, la firmeza, el desinterés, sufre una metamorfosis al vencer su pasión amorosa, ya que destierra el dolor. Cuando el emperador le pregunta cómo va con su propósito de olvidar a Margarita, éste responde: "Tan hallado con mi olvido, / que ni lloro ni siento / desde el punto que vi su rendimiento" (III, p. 184). Esta victoria sobre sí mismo, de acuerdo con el neoestoicismo senequista, lo lleva a gozar de la libertad que, en esencia, es la liberación de las pasiones.[19] Se concibe, pues, una soberanía al libre albedrío mediante el uso de la razón que implica la realización de obras orientadas al bien común. De acuerdo con la aclamación popular y las necesidades políticas del emperador, César,

[18] Justo Lipsio, *Políticas*, est. prel. y notas de Javier Peña y Modesto Santos López, trad. de Bernardino de Mendoza, Tecnos, Madrid, 1997, L. I, C. V, p. 21.

[19] *Vid.* Geneviève Rodis-Lewis, *La morale stoïcienne*, Presses Universitaires de France, Paris, 1970, p. 107.

liberado del dolor, no desea más la muerte, acepta ser duque de Ferrara y valora el amor de Matilde a quien han inclinado las virtudes del personaje, aun desconociendo su procedencia social.

En conclusión, la comedia transgrede la ideología aristocrático-señorial al privilegiar el mérito personal frente al linaje. Tal como propone Séneca, el protagonista es hijo de sus obras, además, mediante el uso de la razón, logra alejarse de la pasión y vencerse a sí mismo. Esto tiene como consecuencia una serie de retribuciones sociales consistentes en el poder político y en el amor nacido de la valoración de las obras. De tal modo, sólo la virtud, de acuerdo con Séneca, "nos puede traer la felicidad perpetua e inalterable".[20]

[20] "Solamente la virtud procura una felicidad verdadera", en *Tratados filosóficos. Cartas*, p. 164.